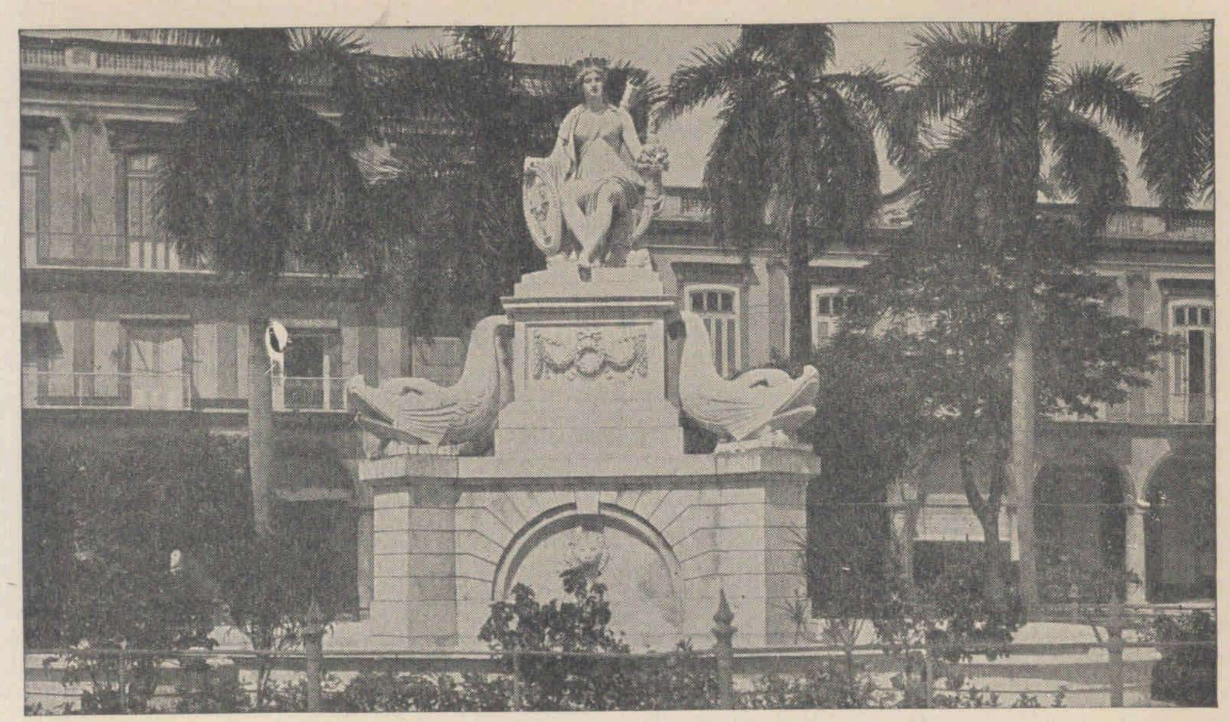


FUENTE DE LA INDIA—HABANA

CUBA

ÉPOCA PRECOLOMBINA

EL origen definitivo de los aborígenes cubanos se pierde en la incertidumbre de las conjeturas, como se pierde, asimismo, el de la inmigración, si la hubo, de las razas americanas. De modo que no se puede afirmar si los pueblos encontrados en las Antillas por los descubridores españoles eran autóctonos.

Respecto de los primitivos habitantes de Cuba es muy probable que procedían del Continente, en particular de Venezuela, pues cierta identidad antropológica así lo hace suponer.

Las Antillas se extienden como un arco cuya concavidad se dirige hacia la parte nordeste de la América del Sur. Es natural suponer que los pueblos continentales, lanzándose al mar en sus frágiles embarcaciones, sin otro agente locomotor que sus remos o *canaletes*, llegasen hasta las islas y cayos que las rodean en aquella parte y que, por la abundancia de caza, pesca, frutos y raíces que les permitía una vida más fácil, se estableciesen allí.

La posibilidad de esa procedencia la apoya el hecho conocido de que los indios cubanos conocían la existencia de pueblos remotos; tenían establecido comercio marítimo—no podía ser otro—con las naciones circunvecinas; viajaban en sus *piraguas* o canoas hasta Yucatán, en México, e intercambiaban sus frutos. Cuando los conquistadores españoles empezaron su campaña en Santo Domingo, algunos indios dominicanos huyeron y se refugiaron en Cuba, atravesando por mar en sus barquillas hechas de troncos de grandes árboles (horadados al fuego y con hachas de piedra), una distancia de 77 kilómetros. No es difícil, pues, admitir que en tiempo normal (que reina casi todo el año en la Isla, pues sólo en los meses de septiembre, octubre y noviembre—principalmente en el segundo—azotan los ciclones), sus excursiones se prolongasen, por el sur, hasta Jamaica, que dista 140 kilómetros; por el oeste hasta Yucatán, que dista 210, y por el norte y nordeste hasta las Antillas menores.

Por lo menos, sus frecuentes relaciones con Santo Domingo, que se

llamaba *Quisqueya* en lengua nativa, están probadas por lo que vieron los soldados de la Conquista, y por las tradiciones, que eran las mismas en ambos países.

TRADICIONES Y CREENCIAS

Tenían creencias religiosas, y hasta una cosmogonía, indicaciones claras de que si bien la animalidad predominaba en ellos, su estado era semi-bárbaro, y no vivían ajenos a la fantasía, a la espiritualidad y al ejercicio de las facultades mentales.

En verdaderos torneos literarios, desde luego salvajes, expresaban sus amores, sus odios, sus empresas, sus leyendas, trasmitidas verbalmente de familia en familia. Casi siempre en la plaza de sus villorrios, llamada *batey*, donde además de sus juegos, celebraban sus bailes, se efectuaban aquellas justas, en que, acompañados de pitos, entonaban sus cánticos o *areytos*.

Vamos a remedar uno de ellos :

LA CREACIÓN

En la tediosa calma de una noche tropical, cuando sólo se oía, a intervalos, el desgarramiento de alguna rama, y la monotonía de la cigarra vibraba sin descanso; cuando la arboleda parecía aletargada, y las estrellas parpadeaban al través de una atmósfera densa; rompiendo el silencio que parecía pesar sobre las cosas, se alzó una voz de sorprendentes modulaciones y de dulzura infinita, en la que se revelaba la tristeza ingente del *siboney*, la inflexión violenta del salvaje y el ritmo cansado del selvático bardo.

Y así dijo:

« El espíritu de la noche, tendía su manto.

» Era la noche más negra que tus cabellos, ¡oh Anatí!, dueña de mi flecha y de mi arco; no había en el cielo el resplandor de antorcha que de tus ojos se desprende; el fruto sazonado del *mamey*, el manjar sagrado de los muertos, que envidia lo rojo de tu boca, no colgaba aún del ramaje sombreador; la Tierra, estéril, árida, se extendía inerte, como si esperase la presión de tus pies, ceñidos de oro, para abrir sus entrañas y desplegar su hermosura, como se abren las flores a las caricias primeras del Gran Astro.

» No había luz, Anatí mía, ni se oía la voz del abuelo narrando sus hazañas guerreras de los juveniles días; no había cabañas santificadas por los besos maternos; no alegraban los *conucos* las canzonetas de las mozas, ni la voz de los poetas, entonando sus *areytos*, repercutía en los bosques de *majaguos* y *caobos*...

» Pero quiso el Gran Espíritu prepararte la morada, y echó hacia abajo la brisa fecundadora de su eterna sabiduría; y allá, al otro lado de Maisí, de donde viene la mañana, de la caverna de *Jobobaba*, en los dominios del jefe *Manatiabel*, hizo salir al dios del fuego (el sol), que madura el fruto, y a su desdichada novia *Nonum* (la luna).

» Después brotaron las plantas que dan la suave pulpa del *banano*, del *acuba* y del cajuil. En lo hondo de los ríos el *buroncaona* (pez) hizo brillar sus escamas. El *guacaica*, la *cigua* y el *guaraguao* (aves) agitaron sus alas en el espacio. Y, desafiando las maravillas de la región en que moran los dioses, ostentó (graciosa como tú cuando te mueves a impulsos de la danza) el verde de sus bosques, el azul de su cielo, el rizo de sus playas, el perfume de su brisa y el canto de sus pájaros, esta tierra hermosa a quien el Poderoso del *Turey* (cielo), enamorado de su obra, puso por nombre Cuba!... como al contemplar el hechizo de tu rostro, grito yo, asombrado: « ¡Ama, Reina, Diosa! »

» Pero la Tierra estaba triste, porque en vano hacía derroche de sus galas, sin hallar un dulce amante que cantase su beldad.

» Y Atabex (divinidad) oyó su cuita.

» De la boca erizada de otra caverna de la Tierra Alta (Haití), brotó un mancebo robusto y apuesto (tal como de lo profundo del abismo se alzan los cedros corpulentos), ante cuya mirada vencedora depusieron los árboles sus pomas, la brisa su albedrío, las corrientes su curso, las olas sus ataques, y la tierra

toda, fascinada por *el amo de su alma* (el hombre) se rindió a él... mas, ¡ay!... que abrigaba en su seno el *guabá* ponzoñoso, y el hombre lloró su aparición adolorido...

» Salieron hombres mezquinos, bajos de cuerpo y pequeños de alma, por una boca más chica de la *O* (montaña), y otros fuertes y valerosos por la que dió salida al primer mancebo, y la *Ti* (tierra) hizo como tus miradas: sedujo los corazones para después herirlos.

» Los hombres, apesadumbrados, quisieron el consuelo; buscaron seres que acallasen su queja y (más venturosos que yo, que en vano te reclamo) hallaron sobre las ramas las vírgenes de sus sueños, que, púdicas y medrosas, huyeron.

» De las cuatro más hermosas, prisioneras, salieron nuestros abuelos, más tarde nuestros padres, y luego... tú, flor de la sabana.

» Desde entonces la *Ti* llora cada invierno el desvío de aquellos hombres, y después, vistiendo nuevamente sus mejores trajes, celebra al dueño de la vida.

» Así yo, desde que te quiero y me desdeñas, lloro cada día el desprecio de tu alma; ¡pero en la noche, cuando está *Nonum* arriba y está el silencio abajo, me acerco a tu *bohío* y dejo ante tu puerta la voz de mi esperanza, y el eco de mis versos! »

Y no era sólo esta tradición la que sustentaban. Admitían una Gran Potencia Creadora, *Louquo*, y un espíritu del Mal, *Mabuya*. Además de otros dioses secundarios, como *Racuno*, *Savaco*, *Achinao* y *Coroma*, tenían dioses lares o penates, los *cemíes* o *cemes*, figurillas de piedra o madera, y probablemente alguna otra sustancia, que presidían sus caseríos, o conservaban en las casas o llevaban consigo. En este particular, los primitivos habitantes de Cuba seguían la regla general de los pueblos antiguos, y de los modernos que aún viven en la barbarie. Los griegos y los romanos tenían también divinidades particulares para cada manifestación natural o moral. Los chinos, los egipcios, los caldeos, los asirios, los indios americanos del Continente, profesaban teogonías semejantes; y en la actualidad los pueblos bárbaros, sobre todo del África, hacen esa distribución de poderes sobrenaturales en sus fetiches y grisgrís.

Tenían, además, sus tradiciones sobre el diluvio, sobre la creación del hombre, sobre el origen del sol, sobre la posible llegada a su país de los hombres blancos (*Aritjuna*). Esta era, sin duda, una extensión de la que existía en México acerca de *Quetzacoatl*.

Es probable que toda esa doctrina fuese en realidad un conjunto informe y desordenado de groseras supercherías y supersticiones, sin precisión cronológica ni consecuente, pero los sacerdotes españoles de la Conquista, en su deseo de encontrar coincidencias religiosas para acreditar más la suya y confirmarla, pusieron en juego la imaginación y fantasearon mucho.

Por otra parte, si se hallaron coincidencias en los resultados, su modo de realización difería hasta la más original curiosidad. La leyenda del diluvio era, poco mas o menos, así:

EL DILUVIO

« Cuando todo era *ciba* (piedra), no había ríos ni mares. Para calmar la sed era preciso esperar el agua del *Turey*.

Un *cacique* de la gran Haití, adoraba a su hijo único, y le enseñó la ciencia de los *behiques* (sacerdotes), a componer *areytos*, a vencer en los juegos, a resistir la maligna influencia del *cohiba* (tabaco), y le adiestró en el manejo del arco, de tal modo que era capaz de matar una mariposa al vuelo. Cuando aun era muy niño, le permitió probar la fruta sagrada, el *mamey*, y esto ofendió a *Louquo* e irritó a los *cemíes*. Cuando fué hombre le envió a guerrear contra los *galibís*.

Por eso aquel hijo que no supo respetar el *manjar de los muertos*, que tenía el corazón endurecido en la pelea, volvió el arco contra su padre, queriendo usurparle el poder, incendiar su *caney* (casa) y quitarle la vida. El gran jefe le hizo prisionero, y, con lágrimas en los ojos, sin escuchar los ruegos de la madre, mató al hijo ingrato, separó y mondó

sus huesos y los guardó en una calabaza, como se hacía con los restos de todos los familiares.

Un día, hostigado por el remordimiento, y decidido por las instancias de su esposa, fué, con ésta, a ver los restos del siempre amado hijo y, al destapar el depósito, vieron sorprendidos salir en tropel gran número de *burón* (peces). Estupefactos, temiendo un castigo de los dioses, cerraron la calabaza y la pusieron sobre la techumbre de la casa. El *cacique*, no obstante, quiso irritar aun más a *Atabex* (dios) y empezó a vanagloriarse de *tener encerrado un mar*, y de que podía comer pescado cada vez que quisiese. Ya tenía la cabellera blanca como algodón en flor, y todavía la vanidad le dominaba.

Louquo, que no olvidaba la profanación del fruto sagrado, ni el crimen del poderoso señor, quiso castigar su soberbia.

Cuatro hermanos mellizos, que en todas partes oían hablar de aquel misterio, curiosos e ignorantes, determinaron verlo, e hicieron sus preparativos.

A media noche, desprovistos de carcaj, arco y *macana* (clava), se aproximaron al *caney*.

Nonum estaba oculta; nada se sentía, a no ser el perfume de las flores o el vuelo de los *cocuyos* (insectos luminosos) como flechillas candentes. Acercándose los ladrones, afirmóse el más fuerte en tierra, trepó el segundo a sus hombros, y el tercero escaló por ellos la *cobija*. El cuarto esperaba aparte para recibir el bulto.

El objeto pesaba mucho... Tuvieron que subir los cuatro... Difícilmente lograron desplazarlo y bajarlo al suelo. Después, con él en hombros, corrieron al través del bosque, aterrorizados por la profanación, aguijoneados por la impaciencia. Al querer evitar el choque de una rama, uno de ellos retrocedió; los otros, que no esperaban el movimiento, cedieron y cayeron... ¡La calabaza se hizo pedazos! Al momento brotó de ella un torrente impetuosísimo, con delfines, tiburones, y ballenas; y fué tanta el agua, que se inundó la tierra, se ahogaron todos los hombres, se formó el océano, y sólo quedaron descubiertas las cumbres de las montañas, que forman nuestras islas... »

USOS Y COSTUMBRES

La organización social de los indios cubanos ofrecía una semicivilización demostrativa de una gran antigüedad, ya fueran autóctonos, ya fueran inmigrados. Aunque hay motivos para suponer un sistema de vida licenciosa, dado su estado nómada y su vida en común, al extremo de vivir centenares de personas en una misma habitación, tenían, no obstante, constituido el matrimonio, con su ceremonia, bastante curiosa.

Efectuaban funerales que llegaban a ser pomposos, a su manera, cuando se trataba de *caciques*. Organizaban sus partidas de caza y pesca. Guardaban jerarquías de clases, desde el *cacique* (jefe), siguiendo por los *nitainos* (nobles), hasta los *anaborias* (gente del pueblo). Los habitantes de Cuba y de otras Antillas mayores, se llamaban a sí mismos *taínos* (que pudiera equivaler a *buenos*), en oposición a los *caribes*, indios de las islas pequeñas, que, como no tenían recursos en sus reducidas tierras, iban por ellos, al asalto, en las circunvecinas.

Los rigores del clima (muy cálido), lo rudimentario de su industria textil y las necesidades de su existencia en inmediato contacto con la Naturaleza, les obligaban a andar desnudos, si bien algunas mujeres solían usar faldas o tuniquillas. Apelaban al afeite, grotesco hoy para nosotros, pero sin duda llamativo entre ellos, para agradar o atemorizar, y se pintaban la cara y el cuerpo con tintes vegetales, adornándose a la vez con plumas (de las que no hacían labores como los *aztecas*), joyas de oro a manera de pendientes, y aun brazaletes, sin dejar de tener distintivos para cada categoría.

Se ha supuesto, por los escritos del Padre Las Casas, por lo que de los indios se sabe al través de los historiadores, y no poco a causa de cierta tendencia a

presentarlos como víctimas (y lo fueron en realidad), que eran sencillos, pacíficos y mansos. No habían de serlo tanto, sin embargo, aunque es claro que debieron parecerlo en comparación a sus feroces conquistadores. Su misma vida selvática había de hacerlos rudos, porque aunque cultivasen los campos escasamente, y criasen peces en viveros, está probado que hacían excursiones por mar y tierra, y que, en algunas partes, habían de defenderse forzosamente de las irrupciones de los *caribes* o *galibís*, lo que está probado por el uso de una variedad de armas: flechas, *macanas*, picas, hachas, etc. Al principio de la conquista no demostraron esa mansedumbre: secundaron algún tiempo la rebeldía de Hatuey (procedente de Haití), e incendiaron a Santa María del Puerto del Príncipe, de los españoles. Después sucumbieron a la fuerza y las armas.

Eran naturalmente desaseados e incompasivos, y se entregaban a la pereza, siguiendo en esto a todos los pueblos por civilizar.

No eran ajenos al amor filial, ni al respeto a los jefes, ni a la poesía. Los nombres que usaban tenían bellas significaciones, a la manera de los chinos y mexicanos. Por ejemplo, *Habana*, significa «llanura florida», *Anacaona*, «flor de oro», etc.

Los conquistadores los hicieron mártires con su despiadado trato: llegaron a marcarlos con hierros enrojecidos, como a las bestias, ¡para distinguir la propiedad!

LA CONQUISTA

El afán de Cristóbal Colón por hallar las tierras soñadas, la bella Cipango, y las revueltas ocurridas en La Española, antigua *Quisqueya* y hoy Santo Domingo, explican cómo habiendo parecido Cuba al Gran Almirante «la tierra más hermosa que ojos humanos vieron», al descubrirla el 27 de Octubre de 1492, no estableciese en ella colonia alguna. También puede encontrarse explicación en las noticias que los indios del interior dieron a los exploradores Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, asegurándoles que hacia el oriente había un país abundante en oro. Y fueron en su busca.

El caso es que, a pesar de que Colón exploró en su segundo viaje el Sur de la Isla, y volvió a ella otra vez en el cuarto viaje, y a pesar de la proximidad de Santo Domingo, no se emprendió la conquista de la *Reina de las Antillas* (que sucesivamente llevó, después, los nombres de *Cuba, Juana, Alfa y Omega, Fernandina, Santiago, Avemaría, San Salvador, Lengua de Pájaro*, y *Grande Antilla*) hasta el año 1511, cinco años después de la muerte del Descubridor.

Incidentalmente habían arribado a las costas cubanas otros españoles, después que don Sebastián de Ocampo las circunnavegó, por orden del entonces gobernador de la Española, don Nicolás de Ovando.

Alonso de Ojeda, soldado audaz y valiente, aunque supersticioso (compañero de Juan de la Cosa en sus incursiones atrevidas en la América Central), que atribuía el no haber sido herido jamás a la protección de una imagen de la Virgen que siempre llevaba consigo, fué arrojado a la costa sur, que recorrió desde Jagua (Cienfuegos) hasta la comarca de *Cueibá*, dejando en una aldehuela de indios, a cuyo *cacique* dió el nombre de «Comendador» (porque él lo era), su milagrosa imagen, que fué aceptada con gran culto, después de una graciosa contienda, cuyo recuerdo conservan las crónicas, entre la virgen y el *cemí* del lugar.

También naufragaron, al Norte, unos treinta hombres y dos mujeres, que los indios mataron en su mayoría, reservándose como esclavos las mujeres y un hombre.

Don Diego de Velázquez, Adelantado de la Española (título que equivalía al de «gobernador político y militar»), acompañado de Fray Bartolomé de las Casas (símbolo de la piedad), emprendió su viaje de conquista, partiendo, con cuatro embarcaciones, de *Salvatierra de la Sabana*, al puerto de *Palmas*, en Cuba. Le seguían en la expedición, Hernández de Córdoba, Grijalba, Hernán Cortés,

Alvarado, Ordás, Sandoval y otros, que luego tanto se distinguieron en la conquista americana.

Los desmanes cometidos por los conquistadores en la Española, eran ya conocidos en las islas circunyacentes. Numerosos indios habían huído, espantados por las atrocidades del fuerte de la *Navidad*, el suplicio de Anacaona, de Higuanama y de Mayonabex, y en Cuba estaba, en la región de Maisí, Hatuey, que había sublevado a los nativos, los que se opusieron al avance de Velázquez.

Hatuey pereció en la hoguera, negándose a los auxilios del sacerdote cristiano, pues no podía creer en promesas hechas por malos hombres, y la sublevación quedó vencida.

Don Diego de Velázquez fundó en 1512 la primera población española en Cuba, con el nombre de *villa de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa.* El título de *Villa*, y el de *Ciudad*, que más tarde le concedió el Rey, eran puramente nominales, porque en realidad su importancia era menor que la del más ruin caserío de hoy.

La conquista fué, al principio, el sometimiento de los indios; más tarde fué sencillamente una toma de posesión pacífica y muy fácil.

Si se exceptúa el movimiento fracasado de Hatuey, y algún que otro intento personal de defensa, toda la sangre vertida fué a causa de la crueldad de Pánfilo Narváez, teniente de Velázquez, atraído a Cuba por la fácil victoria de éste.

Pánfilo Narváez, que, más tarde, en Zempoala, en México, purgó a medias sus crímenes, perdiendo un ojo de una lanzada que le diera el propio Hernán Cortés, era un soldado cruel, impulsivo y taimado. Recorrió gran parte de la Isla, sembrando la muerte y el espanto por doquier.

Lo que en la historia se conoce con el nombre de «Matanza de Caonao», fué una horrible carnicería, contra la que nada pudo la labor caritativa del Padre Las Casas.

La tradición cuenta en la siguiente forma ese horrible hecho:

«Los confiados habitantes de Caonao, pudieron admirar, a la luz de sus antorchas, la invasión de los extraños. Las corazas, las espadas, los cascos brillaban. La enjaezada yegua del feroz Narváez cautivaba la atención de la multitud. Un soldado avieso, recordando quizás la derrota de Bayamo, la fuga hacia Baracoa, y olvidando la generosa acogida de Cueibá, esgrimió la espada y tajó a un indio... Un momento después, los aceros, tintos en sangre, cercenaban cabezas, hendían cráneos, horadaban pechos. La muerte cundió, y los indefensos habitantes se dejaban asesinar atónitos, estupefactos... Aquellos hombres, jadeantes, sudorosos, ciegos, hasta a sí mismos se hirieron, y sordos a los ayes de las víctimas y a las acriminaciones del Padre Las Casas, sólo la fatiga les arrancó las armas de las manos. Nunca se ha podido saber el motivo de aquella hecatombe.»

COLONIZACIÓN

Los españoles, acostumbrados a triunfar, con un gran espíritu aventurero, valientes, y obcecados en sus ideas religiosas, creían de buena fe en su derecho indiscutible a tomar posesión de las tierras descubiertas y someter a sus moradores a la obediencia y vasallaje del Rey.

Los portugueses eran, también, arrojados marinos y felices descubridores, por lo que dirigieron sus naves al Nuevo Mundo. Hubo disputas con los españoles, y el Papa Alejandro VI puso fin a ellas, trazando una línea imaginaria en el mundo, como un meridiano, de polo a polo: la mitad occidental sería de España y la oriental de Portugal, en lo respectivo a los descubrimientos y conquistas en América.

Todos los gobiernos despóticos han gustado siempre de justificar sus injusticias por tramitaciones especiosas y formalismos documentales. Así España, para legalizar su propiedad en las tierras invadidas, empleó el *requerimiento*, especie de proclama escrita que se leía a los naturales, declarándoles los derechos divinos de los soberanos de Castilla para que les rindieran acatamiento y obe-

diencia. Como los indios no entendían la homilía jurídico-teológica, no se mostraban dispuestos a obedecer, y entonces ya se apelaba *honradamente* a la fuerza, matándolos, esclavizándolos y explotándolos.

A este primer paso se sucedía en lógica consecuencia el segundo: el sistema de *encomiendas* o *repartimientos*.

La esclavitud

En virtud de su nombramiento de *Repartidor de los Indios de Cuba*, empezó Diego de Velázquez a otorgar *encomiendas*. Por éstas se *repartían* los indios entre los colonos y, por no decir que se les daban, se les *encomendaban* a su protección, para civilizarlos y convertirlos al catolicismo. Este era el pretexto, la fórmula; pero, en realidad, fueron sometidos a toda clase de malos tratos, hasta llegar a señalarlos con hierros candentes, como a las bestias, para distinguirlos.

En aquellos tiempos se establecieron en Cuba haciendas, minas, lavaderos de oro (que hoy no existen), y allí morían los indios esclavos, por el maltrato, o negados a trabajar y alimentarse.

La incapacidad del indio para esos trabajos, y luego su desaparición completa (murieron más de doscientos mil en diez años), determinaron la importación del negro como esclavo, que ya lo era en España y otros países.

Procediendo siempre conforme al formalismo acostumbrado, los conquistadores fundaron poblaciones, estableciendo en seguida ayuntamientos, nombrando alcaldes y alguaciles mayores, y levantando fortalezas. Así se fundaron Baracoa, San Salvador, Trinidad, Sancti-Spíritus, Santa María, Santiago, y San Cristóbal de la Habana, que entonces se fijó en la costa Sur, en la desembocadura del río Onicajinal, en la ensenada de Batabanó. Por diversas causas fué trasladada a la costa Norte, en el sitio en que hoy se halla, en el año 1519.

Nuevas conquistas

Llegados los acontecimientos a este punto, los conquistadores se dedicaron a la explotación de las tierras y de los siervos que les fueron concedidos, y por algún tiempo persiguieron sus cuantiosos beneficios. Su carácter aventurero, sus ideas caballerescas y su celo religioso, así como el ansia de honores y riquezas personales, no les dejó permanecer mucho tiempo tranquilos. De Cuba partieron aquellos famosos Capitanes que, por sus triunfos o por sus desgracias, han dejado profundas huellas en la historia de la humanidad.

Don Francisco Hernández de Córdoba, rico encomendero de Sancti-Spíritus, salió en 1517 de Jaruco, en la costa Norte (hoy en la provincia de la Habana), para Yucatán, donde fué derrotado por los naturales.

En 1518, don Juan de Grijalba volvió a Yucatán, recorrió las costas orientales de Mexico y comerció con los indios.

Hernán Cortés, también encomendero, alcalde de Santiago y tipo acabado del aventurero español, valiente y astuto, partió, asimismo, de Cuba para su gran empresa de la conquista de México. Entre otros, le acompañaba Alvarado, el que, si por sus prendas personales mereció de los aztecas el nombre de *Tonatiuh* (el sol), por su tenebroso corazón mereció la muerte que el destino le reservara, despeñado a un precipicio, montado a caballo.

Diego de Velázquez, que era un hombre extremadamente soberbio (a causa de los títulos de abolengo, de que se jactaba), murió en Santiago, en 1524, agobiado de despecho por los triunfos de Cortés y la derrota de Narváez, a quien había enviado en su contra.

Sucesores de Velázquez

Manuel de Rojas, alcalde de Santiago, ocupó el puesto de Velázquez, a la muerte de éste, pero luego entregó el mando a Juan Altamirano, llegado a la Isla para someter *a causa* a Diego de Velázquez.

Don Gonzalo de Guzmán, que compró en España su nombramiento de Teniente Gobernador de Cuba, se hizo célebre por sus represalias contra los indios, que a la sazón de su arribo estaban sublevados. Este fué el último in-

tento de liberación de aquellos infelices, que ya después se resignaron a morir perseguidos y maltrechos. Incendiaron la villa de Santa María de Puerto Príncipe, y el cacique Guamá se batió en Baracoa; pero su fin, como el de Hatuey, fué la hoguera.

Murió, como aquél, sin quejarse, mientras le abrasaban las llamas.

Guzmán quiso extender la tiranía hasta sus mismos compatriotas, y fué sometido a *juicio de residencia*. Destituido, le sucedió, interinamente, don Manuel de Rojas, bajo cuyo gobierno, en Abril de 1538, se efectuó el primer combate naval en Cuba, entre el barco de un corsario francés y el que mandaba el español Diego Pérez de Sevilla.

TÉRMINO DE LA CONQUISTA

Con Gonzalo de Guzmán terminó en realidad la conquista de Cuba; con Diego Pérez empezó la cruenta y prolongada lucha con los piratas y corsarios.

Hernando de Soto fué enviado a Cuba, más para preparar la conquista de la Florida que para gobernar aquélla. Inauguró, no obstante, el sistema de defensa contra los salteadores marinos, porque, por órdenes suyas, el capitán Mateo Aceituno empezó la construcción del castillo de *La Fuerza*, en la Habana, que había sido saqueada por un corsario.

Juanes Dávila y Antonio Chávez, sucesores sucesivos de Soto, trataron de imponer las nuevas *Ordenanzas de Indias*, que suprimían las encomiendas, pero fueron vencidos por el interés y la influencia, y dejaron consumar la extinción de la población india.

Juanes Dávila reparó el castillo de *La Fuerza* y proyectó la conducción de las aguas del río Almendares a la Habana, obra que empezó su sucesor, Chávez. También se estableció o trató de establecerse por aquel tiempo (1547), en la vecindad de Santiago, el primer *ingenio de azúcar* que ha tenido Cuba. La caña fué llevada de la Española.

